

VIDAL PARELLADA, Assumpció, *Simarro y su tiempo*. Madrid, CSIC, 2007. 267 pp. [ISBN: 978-84-00-08495-0]

Luis Simarro Lacabra (1851-1921) ha pasado a la historia como uno de los grandes precursores de las ciencias de la mente en España. Maestro y, en muy buena medida, mentor de toda una generación de médicos —Achúcarro, Lafora, Sacristán, etc.— que contribuyeron no solo a situar las neurociencias españolas en un lugar preeminente en el plano internacional, sino que llevaron a cabo el intento de reforma psiquiátrica de la segunda República. Fundador, asimismo, de la Psicología experimental como disciplina independiente en nuestro país, fue un librepensador comprometido con su tiempo, defensor de la libertad y del progreso científico y social.

Desde el punto de vista historiográfico, Simarro es una figura omnipresente en las historias de la medicina, de la psicología o de la cultura de la España del primer tercio del siglo XX; sin embargo, a pesar de haber sido objeto de investigaciones monográficas, como la mítica e inédita tesis doctoral (Harvard, 1969) de Telma Kaplan, *Luis Simarro and the Development of Science and Politics in Spain, 1868-1917*, o alguna exposición sobre su figura vida y su obra, de la que se conserva un hermoso catálogo (Helio Carpintero, Javier Campos, Javier Bandrés, *Luis Simarro y la psicología científica en España. Cien años de la cátedra de psicología experimental en la Universidad de Madrid*, UCM, 2002), lo cierto es que carecíamos hasta el momento de una biografía que ofreciera una visión de conjunto de las peripecias vitales de este importante científico, y hombre de la cultura, de la «edad de plata».

El libro de Assumpció Vidal Parellada viene a cubrir esta laguna historiográfica. Lo hace de manera peculiar, como más adelante explicaré, pero con la buena fortuna de brindar al lector información, unas veces suficientemente conocida, que la autora ordena y contextualiza, y otras desconocida e inédita.

Uno de los problemas cruciales con los que la autora ha debido enfrentarse ha sido, con seguridad, la escasez de fuentes directas. Simarro, convencido institucionista, era firme partidario de la transmisión oral de los conocimientos, de modo que su obra escrita es escasa. Por esta razón, además de un par de libros y algunos artículos y prólogos, que no dejan de ser estudiados, Assumpció Vidal recurre a fuentes de archivo y a epistolarios que le permiten acometer un análisis de *Simarro y su tiempo* con más garantías que las que podían esperarse de un estudio tradicional con fuentes impresas. Su labor heurística es impresionante; el Archivo de Costa (Graus), el Archivo del Museo Sorolla, los legados de Cajal y del propio Simarro o el Fondo Giner de la Real Academia de la Historia han sido visitados y consultados minuciosamente por la autora, que ha sabido rescatar una preciosa información que contribuye a huma-

nizar al científico, a indagar y valorar sus amistades, sus gustos, sus intereses más allá de la estricta recopilación de sus aportaciones a la ciencia.

Se trata de un libro singular, con capítulos, en general muy cortos, que pretenden ofrecer, a modo de «fogonazos», las distintas facetas de la vida de Simarro: el revolucionario, el psiquiatra, el profesor universitario, el ateneísta, etc. Se trata de un modo, a veces un poco forzado, de «centrar» o definir la diversidad de las actividades del biografado, aun cuando éstas están presentes a lo largo de todo el texto. En una narrativa cronológica resulta difícil, por no decir imposible, separar al Simarro psiquiatra, histólogo o catedrático de psicología experimental, del Simarro masón o librepensador. Además, como ya he indicado, el objetivo de *Simarro y su tiempo* no es mostrar al científico, sino a la persona y a sus circunstancias.

Por eso, mi recomendación es leer el libro en su totalidad. No se trata de un libro de consulta, en el que poder obtener con rapidez un dato erudito pero aislado; es, por el contrario, un relato disperso (en el mejor de los sentidos) en el que algunas informaciones o argumentos encuentran correlato en otras leídas unas cuantas páginas más adelante. Si el potencial lector acepta mi preputa, podrá ir identificando y relacionando los espacios en los que Simarro vive y labora: la Sociedad Histológica Española, los Ateneos de Valencia y de Madrid, la Institución Libre de Enseñanza, la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, la Universidad, la Asociación española para el Progreso de las Ciencias, etc. También el laboratorio, instalado en su propia domicilio, en la calle General Oráa de Madrid, donde ofreció, junto con Madinaveitia, una enseñanza paralela y alternativa a la docencia oficial. Una casa en la que comenzaron a formarse figuras señeras de las neurociencias españolas como Achúcarro y Lafora entre otros; una morada que fue testigo, además, de la amistad y la melancolía compartida de Simarro y de Juan Ramón Jiménez.

Y, en estos y otros marcos espaciales, las múltiples actividades de Luis Simarro: su juventud en Valencia; sus viajes: de formación a París en 1880 y, ya consagrado, a Londres en 1906; su dinamismo político y social (intervención en el proceso Ferrer, defensa de Unamuno); su trabajo científico (histológico, forense, psiquiátrico y psicológico); su condición de Gran Maestro de la Masonería, etc.

Una larga serie de experiencias vitales, en general conocidas de manera diseminada, que son ahora recopiladas y puestas en relación. Los especialistas quizá echen de menos un análisis más fino de las mismas, sobre todo si tenemos en cuenta la abundante historiografía existente. Así, por ejemplo, las páginas dedicadas al peritaje del cura Galeote, asesino del Obispo de Madrid-Alcalá, podrían resultar escasamente apoyadas por la bibliografía disponible, y supongo que otro tanto podría decirse desde la historia de la biología o de la psicología, la historia de la masonería, etc. Sin embargo, hay que reconocer que el protagonista de esta historia no es Galeote, ni Ferrer, ni Unamuno, sino Luis Simarro. No es el detalle lo que importa aquí, sino la visión general, de conjunto, de su vida y su obra.

El libro de Assumpció Vidal aporta, además, una preciosa información mucho menos conocida. Como ya he indicado, el estudio de la abundante correspondencia mantenida con diversos personajes de su tiempo, ofrecen claves muy interesantes para valorar la personalidad y la subjetividad de Simarro, lo que otorga al libro que comentamos un cierto rasgo de «modernidad» en el cultivo del género biográfico.

Las epístolas permiten construir una historia «íntima» y cotidiana, establecer toda una red de amistades, dependencias y relaciones de poder que otorgan al libro una frescura y una heterodoxia muy de agradecer. A través de estas fuentes conoceremos algunos pormenores de las oposiciones a la cátedra de Histología de la Universidad de Madrid, ganada por Cajal frente a Simarro; sabremos que Galdós no pudo o no quiso prologar *El proceso Ferrer y la opinión europea*; obtendremos información sobre algunas desavenencias con Giner; del apoyo incondicional que siempre le brindó Salmerón, también masón; y seremos testigos de su aprecio hacia Sorolla y Juan Ramón, su amigo y su paciente.

En definitiva, *Simarro y su tiempo* nos muestra el lado humano de un gran hombre de la ciencia y de la cultura de la España que le tocó vivir. Tal vez ésta sea su mayor virtud, pues, conviene no engañarse, estamos ante una aportación que no responde en absoluto a la ortodoxia metodológica de la investigación histórica, pero creo que no es el rigor académico (o academicista) lo que debemos buscar en este libro. La autora, tal como indica en el prólogo, empezó su investigación pensando que iba a tratar fundamentalmente de psiquiatría. Nada más lejos de la realidad; la psiquiatría aparece, claro está, y tiene su protagonismo en varios episodios de la monografía: La breve estancia de Simarro en el Manicomio de Leganés como facultativo-jefe; algunas de sus conferencias o trabajos sobre el sistema nervioso; su actividad clínica y forense, pero, sobre todo, como fin último de su interés científico. Resulta interesante, en este sentido, que la histología para él no era más que un paso, una herramienta auxiliar de la psiquiatría y la neurología. De hecho, la cátedra que el deseaba no era la de histología (que perdió ante Cajal), ni la de Psicología experimental (que sí obtuvo), sino la de Neurología y Psiquiatría, cátedra que como se sabe no existió en España hasta bien entrado el siglo XX.

No es de extrañar que el primer impulso de A. Vidal, que ha ejercido durante años la psiquiatría en el Reino Unido, fuera explorar la contribución de Simarro a la medicina mental. Tampoco lo es el resultado final, producto de una investigación compleja, paciente y esforzada que nos muestra a Luis Simarro como pionero del desarrollo científico español. Su papel de maestro de toda una generación ha sido apuntado repetidamente pero es de destacar, en este sentido, su actividad como «gestor» científico y su gran influencia en el seno de la JAE para otorgar pensiones, apoyar líneas de investigación, etc.

Algunos de sus contemporáneos le achararon demasiadas veleidades revolucionarias, que habrían frenado sus posibilidades como científico. Pienso que para Simarro lo uno no podía darse sin lo otro, pues la ciencia y la justicia social eran inseparables en su pensamiento y en su acción. Así parece desprenderse de la lectura de *Luis Simarro y su tiempo* que nos muestra a su protagonista como «El hombre que escribía prólogos»; no prólogos de los que se editan como introducción a sesudas monografías, sino prólogos simbólicos, prólogos del desarrollo científico y político de un país, demasiado baqueteado por la reacción conservadora, que se habría, en aquellos momentos, a un sinfín de posibilidades. Posibilidades y esperanzas cercenadas, como sabemos, por la guerra y la barbarie franquista.

**Rafael HUERTAS**

MONTIEL, Luis, *Daemoniaca. Curación mágica, posesión y profecía en el marco del magnetismo animal romántico*. Barcelona, MRA ediciones, 2006. 159 pp. [ISBN 84-96504-04-2].

Luis Montiel, autor de este fascinante libro que nos proponemos reseñar en estas líneas, no necesita presentación para los lectores habituales de *Frenia*, tanto de la revista como de la colección «Historia y Crítica de la Psiquiatría».

En efecto, ya en el segundo número de la revista, aparecido en 2001, Montiel publicaba el artículo «Historia y enfermedad mental en dos historias clínicas de Dietrich Georg Kieser (1779-1862)», uno de los dos médicos protagonistas de *Daemoniaca*, el título de este nuevo libro de Montiel. Título que fue, además, el que el propio Kieser dio a su recopilación de casos clínicos y de una serie de lecturas ‘inquietantes’ que este médico alemán frecuentó con inusitado interés allá por los años 1820 y 1821.

Por otra parte, en la mencionada colección de *Frenia*, Montiel daba a luz en 2003 una serie de tres estudios sobre la historia del magnetismo animal, en un volumen titulado muy evocadoramente *En ningún lugar, en parte alguna*, que él mismo coordinaba junto con Ángel González de Pablo. Entre las páginas de esos estudios de Montiel aparecían ya, aunque de modo tangencial, las figuras del mencionado Kieser y de Justinus Andreas Christian Kerner (1786-1862), el otro médico protagonista de este nuevo libro, publicado por la editorial MRA, de Barcelona. Para cerrar el círculo que rodea el contexto de la producción de Montiel sobre estos asuntos, señalaremos que la mencionada editorial barcelonesa había tenido el acierto de publicar en el año 2004, en cuidada edición del mismo Luis Montiel, las *Kleksografías* del citado Justinus Kerner<sup>1</sup>.

Para quienes leyeren esta reseña sin ser habituales de *Frenia*, debería añadirse la elemental información de que Luis Montiel es profesor de historia de la ciencia en la facultad de medicina de la Universidad Complutense de Madrid y uno de los mejores especialistas académicos en la medicina alemana de los siglos XVIII y XIX, en especial la del período que abarca el movimiento conocido como la *Naturphilosophie* y, más extensamente, todo el Romanticismo alemán.

El libro que ahora nos ocupa significa la primera posibilidad para los no iniciados, quiero decir para los que no pertenecen al estricto mundo académico de la historia de la medicina y de la ciencia, de leer algo de lo mucho que Montiel tiene que contar sobre estos asuntos. Asuntos, temas, ambientes, personajes e ideas que forman parte innegable de los cimientos de nuestra cosmovisión contemporánea, aunque una narración excesivamente prejuiciosa de nuestra propia tradición cultural haya hecho que sean casi completamente desconocidos para la mayor parte de los ciudadanos cultos europeos. Incluso para muchos de los interesados en la larga y complicada historia del conocimiento de la mente humana por parte de esa misma cultura

<sup>1</sup> Quien desee seguir la producción académica de Montiel en estos asuntos, deberá tener en cuenta también, al menos, otros tres trabajos fundamentales: «Una historia clínica romántica. Contribución al conocimiento de la Patología de la Naturphilosophie, *Medicina e Historia*, 31 (1990), 1-16; «Una *Summa* de la filosofía de la naturaleza del romanticismo alemán: el *Lehrbuch der Naturphilosophie* de Lorenz Oken, *Asclepio*, 49 /2 (1997), 85-99 y 51 /2 (1999), 205-220; y, el más reciente, «El paciente. La mujer. La república», *Dynamis* 26 (2006), 125-150.

Europea puede todavía resultar sorprendente la sostenida reivindicación que este libro plantea: prestar atención no sólo a temas como el magnetismo animal, sino también al interés de los médicos por los casos de posesión demoníaca, por la posibilidad de aplicar prácticas curativas consideradas mágicas y, sobre todo, prestar una atención preferente a la voz de las mujeres pacientes, que hablan, actúan, interpretan y tratan de no ser expulsadas del control sobre sus cuerpos y sobre sus espíritus, sean de la índole que sean las relaciones entre unos y otros.

Parece claro que, con este libro, Montiel se ha planteado ampliar el universo de sus lectores potenciales, más allá del público meramente académico y de los especialistas. Y el resultado debe calificarse de éxito rotundo, al menos desde el punto de vista de este lector, poco académico y nada especialista en los temas abordados. El esfuerzo de Montiel debería producir un aumento en el número de lectores, lo que aumentaría la recepción de su argumentada reivindicación de la tradición médica, científica y cultural que él estudia y defiende desde hace décadas.

Esa sería una estupenda compensación; aunque no la única. Me da la impresión que el autor ya ha conseguido una primera compensación a su esfuerzo, permitiéndose el placer de escribir un libro en el que se relaja de los corsés académicos y se propone disfrutar con una escritura más libre, más sugerente, sin temor a intervenir aquí y allá con una voz 'de autor', práctica vedada casi completamente en la producción académica, destinada la mayor parte de las veces a las pocas decenas de colegas que se leen entre ellos. Lo cual no quiere decir que escribir este libro haya sido más sencillo para Montiel. El nivel de divulgación elegido le ha obligado a exprimir a fondo sus dotes explicativas y narrativas, a no dar nada por sabido y a lanzarse al ejercicio de la escritura sin la red de seguridad que proporcionan al académico ciertos sobreentendidos, así como el apoyo de la erudición y la circunspección típicas de la escritura para especialistas.

En las veinte páginas del «Preámbulo» (pp. 13-32), Montiel presenta el magnetismo animal y la medicina romántica alemana de una forma amena, precisa e inteligible para cualquier lector de principios del siglo XXI. La primera parte del libro (pp. 33-87) está dedicada a Justinus Andreas Christian Kerner (1786-1862) y a algunos de los casos más sonados de posesión —y de curación— ocurridos en la *Kernerhaus*, a la vez hogar familiar, clínica y laboratorio experimental. La presentación y narración de la historia de Friederike Hauffe, la llamada Vidente de Prevost, el caso «más famoso en la historia del magnetismo animal en Alemania» (p. 37), resulta apasionante, especialmente toda la etapa de convivencia de la paciente con su médico en la *Kernerhaus*, cuyo dibujo decora por cierto la portada del libro. Pero también está narrado con pasión y con fundamento el caso de Magdalene Grombach, la «muchacha de Orlach» (pp. 62-77); y algunos más que el lector conocerá en esa primera parte. La segunda (pp. 89-154), por su lado, está protagonizada en cambio por Dietrich Georg Kieser (1779-1762) y las historias recogidas en su revista *Archiv für den thierischen Magnetismus*, que se publicó en doce volúmenes entre 1817 y 1824; allí apareció, precisamente, la recopilación de siete casos titulada *Daemoniaca*, que da título a todo el libro. La narración de cómo Montiel accedió a esta recóndita y olvidada fuente, está en el preámbulo y explica muy bien por qué se ha tomado la molestia de leerla para nosotros. La actitud de Kieser, su racionalidad a prueba de casi todo, su honesto interés por el magnetismo (poco a poco disminuido) y su entusiasmo por la *Naturphilosophie* (éste, creo, nunca disminuido) demuestran el acierto de la elección de Montiel. De hecho, la constatación de las diferencias y de los puntos en común respecto de las

prácticas que, en esos mismos años, presentaba Kerner (Friederike Hauffe llegaba a la *Kernerhaus* a finales de 1826) es, sin duda, uno de los aciertos del libro para presentar en toda su complejidad y grado de matices el devenir del magnetismo animal en Alemania. Un breve colofón, una buena selección bibliográfica especialmente —pero no sólo— pensada para el lector en español y la página de agradecimientos cierran el volumen (pp. 155-159).

Debo, de todos modos, para terminar, enunciar una enmienda acerca de mi atribución a Kerner y a Kieser del carácter ‘protagonistas’ del libro. Lo son, sin duda, en el bando de los médicos, pero —y esto es esencial para entender la orientación de los estudios de Montiel sobre el magnetismo animal y su más importante aportación historiográfica— se trata de un protagonismo compartido con los numerosos personajes, especialmente femeninos, que pululan en el ‘otro bando’ de estas historias: el de los pacientes. Ellas son tanto o más importantes que los médicos que las atendieron o estudiaron para entender lo que Montiel quiere decirnos.

En resumen, siguiendo los supuestos del autor, si el «descubrimiento del inconsciente» fue uno de los escasos méritos reconocidos a la *Naturphilosophie* por una historiografía que, en general, ha mantenido un fuerte armazón de prejuicios hacia ese episodio de la cultura científica europea, al magnetismo animal, tal como se desarrolló en la Alemania de las primeras décadas del siglo XIX, le deberían ser reconocidas al menos tres trascendentales innovaciones de la práctica médica contemporánea: el reconocimiento de la importancia de la palabra del paciente y de su propio saber sobre el cuerpo, la emergencia de la figura de la mujer como sujeto autónomo y las potencialidades renovadoras del saber médico en el ámbito de la política (el único aspecto no tratado directamente en este libro, pero sí en otros trabajos de Montiel). Por estas y otras razones, habrá que seguir insistiendo que el Romanticismo debería verse como una reacción enriquecedora frente al racionalismo ilustrado y no como su traición o abandono. Eso es lo que trató de hacer creer el positivismo decimonónico, mediante un reduccionismo que le abocó irremediablemente a la aguda crisis padecida al final de esa centuria, crisis de la que emergerá —no lo olvidemos— la ‘modernidad’ del primer tercio del siglo XX. Una modernidad que, pese a todos los *post-* subsiguientes, sigue siendo parte irrenunciable, para bien y para mal, de las señas de identidad de la cultura europea del siglo XXI.

**José PARDO TOMÁS**

COMELLES, Josep M., *Stultifera Navis. La locura, el poder y la ciudad*, Lleida, Editorial Milenio, 2006, 407 pp., [ISBN:84-9743-200-2].

Este libro de Comelles tiene su base en la Memoria de oposiciones a una plaza de profesor universitario escrita, fundamentalmente, a lo largo del año 2002, material que ya había utilizado para su tesis doctoral *Groupes Informels, coalitions et factions dans un Hôpital Psychiatrique*, presentada, en 1979, en el *Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales* en París). La riqueza documental del texto se debe, entre otras cuestiones, al inmenso trabajo de campo realizado con entrevistas a personal del Instituto Mental de Santa Cruz de Barcelona en dos etapas, separadas cronológicamente más de dos décadas. Además de los testimonios de cuidadores,

enfermeros, psicólogos y médicos el autor aporta reflexiones personales, un generoso trabajo de archivo y añade un centenar de imágenes procedentes del *Arxiu Fotogràfic del Hospital de la Santa Creu i Sant Pau* y algunas fotos de Tino Soriano.

Si bien una dimensión personal atraviesa toda la obra, hay que destacar las numerosas fuentes de archivo, fundamentalmente, tomadas del *Arxiu Històric del Hospital de la Santa Creu i Sant Pau*, de los fondos de la Biblioteca de Catalunya, el *Arxiu Històric* Municipal de Barcelona, la Fundación Uriach, la *Reial Acadèmia de Medicina i Cirurgia* de Barcelona y la *Moody Library* de Texas. Esta densa obra, concebida hace tiempo en la cabeza y el corazón de Josep ha sido prologada por Joan Prat con quien comparte trabajo en la Universitat Rovira i Virgili. No cabe duda que navegar en *Stultifera navis*, es, entre otras cosas, conocer parte de la vida de su autor e indudablemente su carrera profesional. Nos acerca, por una parte, a su sueño roto de psiquiatra, definido como «fracaso» (p. 376) y, por otra, a su identidad de etnógrafo, con la que indudablemente se encuentra más cómodo. Este antropólogo de la Medicina reconoce la indudable influencia de Bronislaw Malinowski (1884-1942), Julian Pitt-Rivers (1919-), Marcel Proust (1871-1922) o Claude Lévi-Strauss (1908-).

La estructura de la obra está planteada como una pieza musical: obertura, dos jornadas, un interludio y otras dos jornadas con sus correspondientes actos y escenas, todo ello aderezado de multitud de citas literarias y documentos de archivo. La obertura, «ve no se donde, trae no se qué», describe la llegada del imberbe doctor Talgo —Comelles fue apodado así por sus colegas dada la velocidad con la que recorría los pasillos del manicomio— a la casa de locos, propiedad del Hospital San Pablo de Barcelona. En estas primeras páginas, el autor nos presenta *The Strange Story of Dr. Jekyll and Mr. Hide*, que describe su propia, ambivalencia (Jekyll, el antropólogo y Hyde, el psiquiatra) y enlaza, de alguna manera, con la de Malinowski, Proust o Lévi-Strauss (p. 28). En la primera jornada, «epifanía de la locura», se describe la situación de aquellos furiosos encadenados en la Edad Media en el *Spital de Sancta Creu* de Barcelona, registrados en los *Libres d'Orats*, conservados en la Biblioteca de Catalunya. Ya en el segundo acto se nos relata la gestación del primer hospital de locos, tomando como partida la *Memoria sobre el modo más asequible de erigir un Asilo, Hospital o casa de locos para uno y otro sexo, fuera de las murallas de la ciudad, acompañada de un Proyecto de Reglamento Interior para el régimen del establecimiento*, que Emilio Pí i Molist (1824-1892) presentó al Certamen público abierto por la *Sociedad Económica* de Barcelona en junio del año 1846. Unos años más tarde este alienista escribió el *Proyecto médico razonado para la construcción del Manicomio de Santa Cruz de Barcelona conforme al cual ha levantado sus planos el arquitecto José Oriol i Bernadet* (1860), considerada por Comelles la obra más singular de la psiquiatría española. Comelles cierra la primera jornada de *Stultifera navis* con un breve apunte biográfico y una cita a modo de epitafio, de este ilustre médico que alcanzó la presidencia de la Real Academia de Medicina y Cirugía,

En la segunda jornada, «la rosa del foc», que abarca la historia del manicomio de Santa Cruz hasta la guerra civil, realiza una detallada descripción de los espacios terapéuticos del establecimiento, del *non restraint system*, a través de las citas de Pí i Molist y fuentes impresas anónimas. Entre las bonanzas de la institución se resalta la baja mortalidad (5,65%), que había decrecido desde la fundación (17,22%) (Pí i Molist, E., 1857, *Estadística del manicomio del Hospital de Santa Cruz de Barcelona correspondiente al año 1856*). En los actos siguientes se realiza una reflexión sobre como influyó la revolución agraria y la industrial en la incorporación de los

pacientes al trabajo y la búsqueda de la rentabilidad económica a través de lo que el autor llama «el negocio de la locura».

El interludio, «*cela s'apelle l'aurore...*», está concebido como un concertante compuesto por catorce voces, cuyo canto está articulado, entre otros, por Felix Martí Ibáñez (1911-1972), Salvador Vives Casajoana, Francesc Tosquelles (1911-), Oscar Torras (1890-1975), Lucien Bonnafé (1912-2003), o Josefina Calatayud (1894-1996). La tercera jornada, «electrochoque», una tragedia cuyo primer acto es «la noche de piedra», que evoca el poema *Longa noite de pedra* de Celso Emilio Ferreiro, comienza con la caída de Barcelona. Se narra en ella parte de la actividad que Torras desarrolló en el Instituto Mental de Santa Cruz y la compleja relación con los Hermanos que administraban el hospital, mientras él ocupó la dirección de éste entre 1934 y 1960 (Comelles, *El purgatorio del Doctor Torras...*, *Frenia*, 5). Torras, protagonista del optimismo terapéutico de los años veinte fue, además el responsable de la introducción de insulinoterapia —técnica introducida por M. Sakel que provocaba un coma insulínico en el paciente—, el choque cardiazólico —Von Meduna, en 1934, observó que mejoraban los síntomas esquizofrénicos tras una convulsión provocada por la administración de cardiazol—, el electrochoque y la psicocirugía —resección de lóbulos frontales descrita por Egaz Moniz y Almeida Lima— en el Instituto Mental de la Santa Cruz.

En la cuarta jornada, «ciudadanos», desfilan una serie de voces que relatan el conflicto que se generó en la transformación del manicomio custodial a la *administrative psychiatry* en la que se intentaba redistribuir los roles con las nuevas profesiones —educadores, terapeutas ocupacionales...— y romper el trato jerarquizado. Se trataba de imponer una reforma institucional al modo del Trieste de Franco Basaglia (1924-1980) o la experiencia de psicoterapia institucional de Tosquelles en La Borde, lugares que eran destino de lo que Comelles denomina «turismo intelectual *soixante-huitard*». El conflicto estaba servido, entre otras cuestiones, por el choque generacional de los médicos, sus diferencias ideológicas y el vacío de poder que dejó Joaquín Fuster con su jubilación. La reforma, con motín incluido, es relatada a través de los cuidadores y, de algún modo es un homenaje a los locos anónimos y a uno de los pensadores favoritos del autor, Michel Foucault (1926-1984). De hecho, el capítulo *Stultifera Navis* abre la renombrada *Historia de la locura en la época clásica* de Foucault.

Si se llega al final de la obra, «*qualsevol nit surt el sob*», uno siente que conoce más al par Doctor Talgo/Commie e, incluso a Marta, a quien dedica el libro. Realmente es, tal como él describe, un «experimento de historia total», una trasgresión fácilmente criticable desde el punto de vista académico. El entretreído literario basado en casi una treintena de obras va desde el primer volumen (*Du Côté de chez Swann*) de *A la recherche du temps perdu* de Marcel Proust o *Carnet d'Enquetes. Une ethnographie inédite de la France* de Emile Zola al *Cancionero General del Franquismo 1939-1975* de Manuel Vázquez Montalbán. Comelles hace presente el realismo/naturalismo de Narcís Oller (1846-1930) al tomar varias escenas del Instituto Frenopático de les Corts después de una visita del autor (p. 111). Por otra parte, ocupa un lugar preferente la obra de Winfred G. Sebald (1944-2001) que, a través de varias citas de *Los emigrados*, *Austerlitz*, *los anillos de Saturno* o *Vértigo* nos acercan a la obra de este tardío escritor que combinó diferentes técnicas literarias como las memorias, las crónicas de viajes o el ensayo para presentar sus reflexiones sobre la cultura y la humanidad.

En definitiva, es un libro rico y denso, cuya lectura, en ocasiones, no resulta fácil por la multitud de citas y claves personales en las que uno, si no ha sido protagonista de la historia

contada, puede perder el hilo de la lectura. Si bien al final del libro hay una relación ordenada de las fotografías, a mi modo de ver, la belleza y riqueza de éstas mejoraría si hubieran sido acompañadas de un pequeño pie de página explicativo. Agradezco que aquel profesor J. M. Comelles, casi desconocido, que acudió a mi tesis doctoral se halla convertido en más cercano a través de esta lectura de su *Stultifera navis*, con la que, indudablemente, me he reído, tal como él predijo.

Olga VILLASANTE

BUELTZINGSLOEWEN, Isabelle von, 2007., *L'hécatombe des fous. La famine dans les hôpitaux psychiatriques français sous l'Occupation*. Paris, Aubier, [ISBN 978-2-7007-2364-9]

En una de las carpetas Manicomio-Dementes que se conserva en el Arxiu Històric de l'Hospital de Santa Creu i Sant Pau de Barcelona, constan 150 expedientes de admisiones cuyos titulares no respondieron al pase de lista de febrero de 1939. Las guerras producen esos efectos en esas instituciones y Isabelle von BUELZINGSLOEWEN, una historiadora francesa de origen alsaciano, que escribió hace una década una obra muy mayor —y desconocida en nuestros pagos—, sobre la reforma de la enseñanza de la medicina en la Alemania del *Aufklärung*,<sup>1</sup> aborda en este libro una investigación de más de un lustro basada en un trabajo riguroso sobre fuentes sanitario-psiquiátricas pero también sobre historiales clínicos, correspondencia de médicos y enfermos y la producción hemerográfica y legal sobre la muerte por inanición de unos 45000 enfermos internados en los *asiles* (manicomios) franceses entre el armisticio de 1940 y la Liberación de 1945. Su objeto es salir al paso de interpretaciones apresuradas o destinadas al consumo mediático y tratar de sentar las bases de una recuperación crítica de la memoria histórica.

El tema es espinoso, Vichy, como el franquismo en España —cuyos paralelismos no se reducen a la entrevista entre Franco y Pétain—, es un tema muy tabú en el país vecino. Si en España la Transición estableció el principio de la amnesia legal que nos ha llevado a los actuales pagos, en Francia el mito *gaullista* sirvió para tapar, literalmente, el masivo colaboracionismo de la sociedad francesa con ese periodo de régimen autoritario al que tan aficionados son los franceses tras algunas derrotas militares. La autora —desde la distancia (relativa) historiográfica— trata de poner orden en una polémica que en Francia no ha cesado todavía sobre las responsabilidades del *Etat Français* —conocido comúnmente como «Vichy»—, pero también sobre las del conjunto de la sociedad francesa durante el periodo de Ocupación alemana. Con el objeto de no quedar atrapada por los componentes emocionales del tema, su plan se organiza en dos grandes partes: en la primera, analiza las fuentes demográficas para tratar de

<sup>1</sup> BUELZINGSLOEWEN, I. (1997), *Machines à instruire, machines à guérir. Les hôpitaux universitaires et la médicalisation de la société allemande 1730-1850*. Lyon, Presses Universitaires de Lyon. Fue su tesis de doctorado, tras un trabajo intensivo en Alemania, especialmente en los archivos de Hannover y Groninga. Su modelo pone en su lugar la especificidad del modelo francés de gestión de las políticas sanitarias, contraponiéndole los modelos confederales propios del contexto imperial germánico en el XVIII.

fijar los límites de la sobremortalidad hospitalaria durante la guerra, y analizar hasta que punto los profesionales —psiquiatras fundamentalmente—, los responsables del sistema asilar francés —los prefectos—, y finalmente el Gobierno francés —los ministerios—, habían respondido al problema y tratado de atajarlo. La autora analiza en primer lugar los efectos del racionamiento alimentario sobre las poblaciones internadas y se da cuenta en seguida que la rigidez del sistema burocrático y administrativo fijado por la ley de 1838 fue un dogal que impidió en la mayor parte de hospitales públicos— mucho menos en los concertados privados de carácter religioso—, a las condiciones de un mercado de bienes y alimentos intervenido y en el que solo el «*bricolage*» —entre otros el mercado negro—, permitía que la población racionada pudiese sobrevivir a los límites estipulados en las cartillas de racionamiento. Destaca la tibieza y la lentitud de los psiquiatras en asumir el hecho del hambre —camuflada en una primera etapa como «avitaminosis»—, y que en parte explica por la nula experiencia de los médicos franceses en hambrunas a diferencia de sus colegas de Austria-Hungría o Alemania que las vivieron en 1914-18 o de las ciudades republicanas españolas desde 1937 hasta mediados de los cuarenta. La posición de los psiquiatras es analizada entomológicamente —con una documentación completísima—, y revela sus contradicciones iniciales hasta que la evidencia de los efectos del hambre en los asilados se convierten en un problema real e inocultable. En este punto analiza las relaciones entre los psiquiatras y las administraciones y describe las estrategias de unos y otros para paliar el hecho. Concluye que no hubo voluntad por parte del Gobierno francés de exterminio voluntario por hambre de los pacientes —como sucedió en Alemania—, aunque si su condición de estado lacayo de la Alemania nazi, que al crear una crisis de subsistencias evidenció la fragilidad de las poblaciones internadas y la ausencia de movilización por parte del conjunto de la sociedad ante una serie de colectivos socialmente excluidos desde antes de la Guerra y cuya responsabilidad la legislación de 1838 correspondía al Estado. Por eso solo a finales de 1942 y ante la imposibilidad de resolver de otro modo el problema, el Estado hubo de aceptar formulas de racionamiento distinto para los locos equiparables a las de los enfermos somáticos o los tuberculosos.

Resuelto brillantemente el análisis puramente político de la problemática del periodo bélico, y desmitificados distintos mitos y debates muy franceses sobre Vichy, y sobre la base de las mortalidades diferenciales de los pacientes según variables de clase, género y categoría administrativa, la autora analiza en el segunda parte los condicionantes estructurales —es decir cuales eran las variables de la política psiquiátrica francesa desde 1838—, y que habían posibilitado, durante el periodo de guerra, que los equilibrios de anteguerra se rompiesen. Considera que estas variables tenían como origen un modelo muy rígido de política psiquiátrica de exclusión —muy en la línea del modelo español de entre 1885 y 1931—, el acantonamiento corporativo y la exclusión de hecho de los médicos funcionarios de manicomios —unos 150 en 1939—, para más de cien manicomios públicos y concertados y una bajísima medicalización de los mismos, en parte creo personalmente, que por una nula presencia del kraepelinismo que sin embargo en España sí se discutió masivamente ya en los años veinte. Si el caso Toulouse es una excepción que solo tímidamente durante el periodo del Frente Popular parece mover a alguna evolución, la descripción del sistema manicomial francés que hace von Bueltzingsloewen es equiparable a la situación que criticaran Oscar Torras y Alzina y Melis en el Manicomio de la Santa Cruz entre 1915 y 1919. Según la autora ese modelo, que contemplaba una bajísima rotación de enfermos por las dificultades de las altas administrativas —en manos de

los prefectos—, favoreció que la población manicomial se doblase antes de la guerra, y que los problemas de abastecimiento de las instituciones —ya difíciles presupuestariamente antes de la Guerra—, los convirtiesen en una trampa mortal durante la misma. Este argumento la lleva a discutir los modestísimos límites del reformismo psiquiátrico francés de antes de la Guerra y a poner en su lugar los no menos modestos esfuerzos de reforma durante la misma, mucho más basados en la necesidad de movilizar a los pacientes para mejorar las subsistencia propia que otra cosa. Las feroces críticas de Busquet Teixidor a los franceses ya en 1927<sup>2</sup> ponían de relieve el increíble estancamiento esquiroliano que von Bueltzingsloewen destaca antes y durante la guerra, el escepticismo terapéutico e incluso las resistencias a la introducción de determinadas novedades terapéuticas como la piretoterapia, el *shock* insulínico o el electrochoque.

Pero aun hay más, la autora analiza el papel de las redes sociales de los enfermos en la gestión de las dificultades alimentarias del período bélico y ahí el diagnóstico es literalmente estremecedor: una proporción enorme de enfermos sin familia, solteros, viudos o abandonados literalmente que no pudieron recibir del exterior lo que no podía suministrar la institución que les tutelaba, atravesada como no podía ser menos por los condicionantes de clase social y por las dificultades de comunicación propias de un país ocupado. La responsabilidad no es tanto «de Vichy» dice la autora, como del propio sistema de gestión de la locura y de su inadaptabilidad a las crisis. En cierta medida la tesis final enlaza, sin citarlo con la del conocido estudio de Paxton<sup>3</sup> sobre Vichy, y que indica como éste regimen representa, en una situación de crisis la forma de prolongar un modelo político y burocrático —*l'Etat*—, que ya hacía aguas por su rigidez burocrática y su incapacidad de adaptarse a la realidad cambiante. Tanto es así, que en su revisión minuciosa de las reformas y de las adaptaciones que se hacen en los hospitales psiquiátricos franceses se reconocen, a partir de formas de *bricolage*, o de la necesidad de desarrollar la ergoterapia para producir alimentos los gérmenes de algunos de los avances característicos de lo que será en el futuro la *psychothérapie institutionnelle*. Y la autora destaca que también Vichy legisló, como todos los regimenes autoritarios de su tiempo de una manera harto significativa en políticas públicas de salud que entraban dentro de la lógica fascista —se corresponden pues con los debates sobre el Seguro Social en España en los primeros cuarenta. El libro termina con unas conclusiones luminosas, y con un epílogo que me ha parecido fascinante y digno de amplia discusión sobre los vericuetos de la construcción de la memoria histórica que comparto plenamente.

El lector ibérico —o latinoamericano— hará mal en pensar en este libro como de franceses para franceses. Es una fuente inagotable de referencias que deben ser comparadas con las españolas, italianas o norteamericanas, puesto que describe un periodo crucial para los orígenes de la crítica al custodialismo —y a la psiquiatría de tutela—. Aunque el francés ya no es tan lengua franca como antes, la obra merece ser recomendada, leída y discutida. La autora es una mujer polémica y eso aumenta el atractivo de sus propuestas.

**Josep M. COMELLES**

<sup>2</sup> BUSQUET TEIXIDOR, T. (1927), *La asistencia de los psicópatas en Suiza, Alemania y Francia. Plan de organización de estos servicios en la provincia de Barcelona, Barcelona*, Talleres Gráficos Irández.

<sup>3</sup> PAXTON, R. O. (1973), *La France de Vichy 1940-1944*, París, Seuil.

SEOANE, J.B. 2006, *El placer y la norma. Genealogía de la educación sexual en la España contemporánea. Orígenes (1800-1920)*. Barcelona, Octaedro, 204 pp, [ISBN 978-84-8063-854-8]

Desde distintas perspectivas, no cabe duda que la historia de la infancia y la historia de la sexualidad han tenido, cada una por su lado, un especial desarrollo en las últimas décadas tanto en el ámbito nacional como en el internacional. Desde los pioneros trabajos de Ariès en torno al «descubrimiento de la infancia» existe un cierto acuerdo historiográfico en que la nueva imagen de la infancia que surge a finales del setecientos y que se afianza durante las dos centurias siguientes tiene, entre otras, dos consecuencias fundamentales: por un lado, que los niños debían permanecer en el ámbito de lo privado y en espacios propios —como la familia y la escuela—; por otro, que su vida, literalmente, no tenía precio por lo que había que salvarla para su salud y su bienestar. Asimismo, la *Historia de la Sexualidad* de Foucault ha inspirado no pocos estudios que han intentado analizar, desde enfoques más o menos genealógicos, diversos aspectos relacionados con lo que se ha dado en llamar una «historia política del cuerpo». En nuestro país, destaca, sin lugar a dudas, la obra —monumental e imprescindible— de Francisco Vázquez y Andrés Moreno, *Sexo y Razón. Una genealogía de la moral sexual en España (siglos XIX y XX)* (Akal Universitaria, 1997), en cuya estela intelectual y metodológica debe ubicarse la monografía objeto de este comentario.

*El placer y la norma* es un libro complejo situado en una doble encrucijada: por un lado, explora una faceta (la sexual) poco estudiada en la historia de la infancia; por otro, se fija en el niño —y la niña—, como sujeto de una historia de la sexualidad. Aúna, pues, dos tradiciones historiográficas que obligan a su autor a moverse continuamente en la intersección de disciplinas dispares (historia de la educación, de la medicina, etc.) y a utilizar una gran variedad de fuentes, confluyendo, como no podía ser de otro modo, en una historia cultural de corte constructivista. Solo si entendemos que la sexualidad (infantil en este caso) no es un simple producto de la biología o de la fisiología, sino una construcción social históricamente determinada podremos apreciar, en su justa medida, los argumentos que José Benito Seoane va desgranando a lo largo de su monografía.

Sin embargo, *El placer y la norma* no es sólo un libro de historia. Su autor, claramente comprometido con el presente y desde su condición de profesor de Filosofía y de Ética en Educación Secundaria, se plantea de manera crítica los problemas actuales de la educación sexual y muestra su preocupación por las rémoras del pasado, por el actual «pánico moral» en torno a la sexualidad infantil y por posibles alternativas pedagógicas. En este sentido, y estimulado por la obra de Foucault, la investigación de José Benito Seoane adopta un enfoque genealógico que me parece especialmente pertinente.

Sin caer en errores de presentismo histórico, Seoane nos ofrece una interesante muestra de lo que podemos denominar una «historia en el presente», entendiendo ésta, no como «historia del presente», sino como el intento, a partir del análisis de materiales del pasado (más o menos remoto), de proyectar claridad sobre cuestiones que afectan nuestra cotidianeidad, nuestro presente. En definitiva, se trataría —según propone Robert Castel— la adopción de un método que debe ser *genealógico* en su enfoque, esto es, que a la hora de analizar un suceso determinado intente comprender la relación existente entre los elementos de innovación y los heredados; *antinormativo* y *desmitificador* por su intención, sacando a la luz las contradicciones semiocultas bajo aparentes discursos de modernidad, y *práctico* por sus efectos.

Pues bien, este estudio sobre la «genealogía de la educación sexual en la España contemporánea», tal y como se especifica en el subtítulo de *El placer y la norma*, cumple con los mencionados requisitos metodológicos: muestra como la historia de la sexualidad no es un camino recto de progreso desde la represión a la liberación, desde la ignorancia al conocimiento, sino que, en no pocas ocasiones, los discursos y las iniciativas de los expertos y de los reformadores sociales (y sexuales) introdujeron elementos normalizadores, a veces incluso más estrictos o agresivos que los que pretendían superar. La medicalización de la sexualidad «anormal» o «perversa» es un ejemplo de cómo la moral tradicional se cubrió con ropajes científicos. Una ciencia que, como es sabido y Seoane explica nuevamente, nunca es neutral.

El marco teórico planteado obliga a analizar los dispositivos de vigilancia y castigo, de observación y control, de persuasión y subjetivación, relacionados con la sexualidad infantil. Seoane analiza y contrasta discursos médicos, pedagógicos, jurídicos, eclesiásticos, etc., pero también prácticas sobre el cuidado del cuerpo, sobre la higiene y la prevención en el ámbito espacial de la escuela.

Se trata, pues, de un modelo hermenéutico que el autor aplica al caso español con particular solvencia. *El placer y la norma* estudia los orígenes del dispositivo de sexualidad infantil en nuestro país, estableciendo sus inicios en la «cruzada antimasturbatoria» y el papel desempeñado por distintas especialidades médicas (la higiene, la psiquiatría o la medicina legal) en un proceso que yo denominaría de «apropiación» científica de los comportamientos sexuales. Particular interés tienen, a mi juicio, las páginas dedicadas al manejo de dicho dispositivo de sexualidad infantil en el espacio escolar. Aquí el manejo de las fuentes es especialmente cuidadoso: tratados de pedagogía y de higiene escolar, manuales de educación física, diseños arquitectónicos, etc., pero también los textos utilizados por los escolares, como los manuales de urbanidad, de higiene y fisiología, de higiene doméstica, etc. El estudio detallado de estos documentos permite a Seoane establecer los principios de un proyecto moralizante (e higiénico) que irá ampliándose poco a poco, desde la férrea vigilancia y represión del onanismo, hasta una más amplia «educación en el pudor» que pretenderá preservar la inocencia y evitar la precocidad sexual de los escolares. Esta «conservación de la pureza» requería que el maestro se convirtiera en celoso guardián del decoro y que no permitiera que las rígidas normas del comportamiento «decente» fueran trasgredidas en la escuela. En los internados, naturalmente, debían extremarse las precauciones.

Resulta muy sugestivo este proceso que va desde el discurso médico antionanista, dirigido a la infancia de la élites urbanas, hasta esa «educación en el pudor», encaminada a moralizar a los niños de las clases populares. La moral sexual de los futuros ciudadanos se construirá mediante la interiorización de normas de comportamiento que no se contentarán con solo evitar «vicios solitarios». La configuración de una imagen corporal «sana y decente» podía y debía hacerse mediante el triunfo de la voluntad y el autocontrol sobre las pasiones. Así, el fortalecimiento del cuerpo a través del ejercicio físico, los baños fríos o la alimentación frugal, eran prácticas que debían evitar los «hábitos secretos»; pero además, el pudor debía ocultar el cuerpo a las miradas de los demás, exigía evitar el lenguaje soez, las lecturas peligrosas o las imágenes lascivas, y reclamaba posturas castas y movimientos recatados. Todo un sistema de coerción con el aparente objetivo de proscribir todo lo que pudiera estimular la imaginación y liberar los instintos.

No menos interesante es el paso a los modelos formativos desarrollados en el marco del regeneracionismo y el reformismo social, en los que la presencia del discurso científico llega a caracterizar una instrucción sexual que, sin llegar a despojarse de un trasfondo higiénico-moral, se va adecuando a las novedades aportadas por la irrupción eugenesia, la sexología o el psicoanálisis.

Para terminar, me gustaría destacar dos aciertos del trabajo de Seoane que me parecen especialmente relevantes. Creo que no puede negarse que determinada historiografía del control social ha otorgado una importancia exagerada a las instituciones penitenciarias, sanitarias y educativas puestas en marcha durante la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX, asignándoles una capacidad desmedida para reordenar la sociedad. A este respecto se ha insistido en la necesidad de tener en cuenta la existencia de ciertos desfases entre la teoría y la práctica; ya que, en no pocas ocasiones, la lectura crédula de los documentos y de los discursos de las élites puede conducir a conclusiones abarcadoras, lineales y escasamente dialécticas que no consideren las dificultades estructurales o las resistencias con las que las estrategias de control social pudieron encontrarse a la hora de ser llevadas a la práctica. Seoane sortea con solvencia este posible escollo metodológico al insistir en la pluralidad y en la inestabilidad de las relaciones de poder y en el más que relativo éxito de la cruzada antimasturbatoria.

Asimismo, y en íntima relación con lo anterior, habría que tener en cuenta que los saberes especializados no son exclusivos de las élites, y que cualquier reflexión sobre poder, dominación, hegemonía, etc., debe incorporar la posición de los llamados sectores subalternos. No cabe duda que el discurso hegemónico tiene una capacidad importante para lograr el consentimiento de los adversarios sociales y esa capacidad está constituida por elementos represivos y productivos. Pero, la elaboración gramsciana de subalternidad también hace referencia a aquellos grupos que con formas y grados variables negocian el grado de adhesión a los discursos y praxis hegemónicos. Se hace necesario, pues, descentrar el lugar de enunciación del experto (que forma parte de los grupos hegemónicos) y tener en cuenta otros lugares de enunciación, en este caso el de los subalternos del conocimiento oficial (no-expertos: mujeres, obreros, colonizados, enfermos, etc.). Este problema de las «resistencias» está presente, aunque de manera escasamente desarrollada, en *El placer y la norma*. Las alusiones al movimiento feminista o al movimiento obrero, fundamentalmente al anarquista, a sus reivindicaciones de igualdad sexual y libertad individual, son buena muestra de la preocupación del autor por este tipo de cuestiones. Tal vez el hecho de que la investigación histórica se detenga en 1920 impide a Seoane desarrollar estas cuestiones que, no obstante, deja apuntadas con claridad.

Es evidente que cuando un autor advierte de antemano en qué va a consistir su trabajo y cuales van a ser los límites cronológicos de su exploración poco se le puede objetar. Sin embargo, aunque el estudio histórico efectuado por Seoane ofrece claves importantes para una reflexión genealógica sobre los posibles conflictos y modos de afrontar en la actualidad la educación sexual de la infancia o de la adolescencia, no podemos olvidar las importantísimas novedades que en relación con la «cuestión sexual» tuvieron lugar durante la segunda República española: La Liga española para la reforma sexual sobre bases científicas, fundada en 1932; el proyecto de Ley sobre pedagogía sexual, en 1933; la despenalización de la homosexualidad o del control de la natalidad; la ley del divorcio, etc. Tras la guerra civil, el nacional-catolicismo impuso, como es sabido, la más férrea y represiva disciplina, también en

materia sexual. En definitiva, para el caso español, el «hiato» entre 1920 y el momento actual es demasiado importante, demasiado penoso y demasiado influyente como para no olvidarlo.

*El placer y la norma* constituye, a mi juicio, una muy relevante aportación a la historia cultural y al pensamiento crítico. Nos ayuda a pensar, a desmitificar y a interpretar una parte fundamental de nuestra propia esencia como seres humanos: todos/as hemos sido niñas o niños y todos/as tenemos una sexualidad que se ha construido social y culturalmente, independientemente de nuestras hormonas. Y nos ofrece, claro está, importantes elementos de reflexión para pensar la educación sexual. Un tipo de enseñanza que atraviesa, sin ninguna duda, las disciplinas curriculares y que debe, en el sentir de Seoane, salir de la «burbuja pedagógica» e incluirla en una transformación crítica de las políticas sexuales, en busca de una «moralidad democrática».

Finalmente, cabe decir que *El placer y la norma* es un título más del atractivo y ambicioso proyecto que la editorial Octaedro ha puesto en marcha con la creación de la colección «Educación, Historia y Crítica» que, bajo la dirección de Juan Mainer y con el aliento del grupo Nebraska (formado, por Raimundo Cuesta, Julio Mateos, Javier Merchán, Marisa Vicente y el propio Juan Mainer), propugna un pensamiento crítico en torno a la escuela y a la didáctica. En los tiempos que corren, es muy de agradecer iniciativas como ésta, que fomentan, a contracorriente del llamado «pensamiento único», un espíritu crítico y emancipatorio que nos ayuda, pese a todo, a ser un poco más libres

**Rafael HUERTAS**

CASTORIADIS, Cornelius (2007), *Democracia y relativismo. Debate con el MAUSS*. Traducción de Margarita Diaz. Madrid. Minima Trotta. 2007. [ISBN: 987-84-8164-889-8]

En los últimos años la vasta y polifacética obra de Cornelius Castoriadis (1922-1997), ha consolidado su presencia en el mundo iberoamericano. Es notable ver la manera en que un conocimiento profundo del trabajo de este filósofo y psicoanalista de origen griego e instalado en Francia en la inmediata posguerra, ha ido haciendo camino en medios militantes y académicos. El texto que reseño a continuación corresponde a un debate organizado en el año de 1993 por el grupo MAUSS (Mouvement Antiutilitariste dans le Sciences Sociales) con Castoriadis. No se trata de un texto de Castoriadis propiamente, visto que él no conoció ni la trascripción, ni la publicación del mismo, que data de 1999. Una primera versión del debate apareció en francés por la *Révue du MAUSS*, dividido en dos partes la primera bajo el título *La relativité du relativisme* y la segunda bajo el título de *La démocratie*<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> FR1999E «La relativité du relativisme. Débat avec le M.A.U.S.S.». La Revue du MAUSS semestrielle, 13 (premier semestre 1999): 23-39. y FR1999F «La démocratie. Débat avec le M.A.U.S.S.». La Revue du MAUSS semestrielle, 14 (second semestre 1999): 193-216. Présentation. Alain Caillé. Ibid.: 5-15; voir: 11, 13. (la clasificación corresponden a la base de datos en francés de Cornelius Castoriadis/Agora Internacional.

El pequeño volumen reseñado ahora, cuya edición ha sido coordinada por Juan Manuel Vera, se ha beneficiado respecto a la primera versión, de un trabajo de cotejo con fuentes originales de diverso origen, de incorporación de trozos omitidos en la transcripción original, así como de la puesta en contexto de la discusión, gracias a una serie de citas a pie de página y la introducción por parte de Jean Louis Prat. Esta introducción nos da la oportunidad de acercarnos al debate, cuyas aristas están dadas por algunas claves. En efecto mientras que el MAUSS de aquellos años, se refiere a un marxismo revisado a la luz de los desarrollos del propio grupo *Socialisme ou Barbarie* y en particular a aquellos llevados a cabo por Claude Lefort y Castoriadis mismo, este último había conducido su crítica a Marx hasta el rompimiento con dicha tradición, al final de la década de los años 60. La caída del Muro de Berlín, el llamado «fin de la historia», la «muerte de la filosofía», la crítica a la creencia ciega en las virtudes del progreso, al desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas y al dominio de la naturaleza, así como las, denominadas por el marxismo, *libertades formales*, son algunas de las claves concentradas frente a las cuales tanto el MAUSS como Castoriadis van a posicionarse, en este texto.

A pesar de lo extendido de este panorama existen algunos puntos de tensión en los que claramente ambas posiciones, incluso asumiendo la diversidad que prevalece al interior del colectivo del MAUSS, van a distanciarse claramente. De esos puntos de tensión el que comporta mayor realce, no necesariamente mayor importancia, es el que está contenido en las tacitas alusiones del grupo MAUSS y en particular de Alain Caillé respecto a un supuesto helenocentrismo por parte de Castoriadis. Es cierto que en la época en que se desarrollaba el debate, ese reproche casi como un slogan, gozaba de un cierto consenso entre los sectores tradicionales de la izquierda. Las recientes tomas de posición discordantes respecto a la negativa a posicionarse frente a institución alguna, fuertemente inspirada en el relativismo cultural, salvo en lo que se refiere al *mea culpa* frente a la metafísica occidental, han revelado su despropósito.

De la riqueza del debate destacan al menos tres grandes temas de actualidad, en orden aproximativo, el primero tiene que ver, siempre en el tenor de la crítica de la modernidad, con la raíz de la concepción según la cual, la naturaleza y con ella el hombre, son considerados como cosas; el segundo tiene que ver con la filosofía de la historia que subyace a esa versión y que abunda en la justificación de lo real, fincando sus raíces en el metafísica racionalista y la tercera pone el acento en la posibilidad de que, dando la espalda o al menos mitigando el cuestionamiento de las instituciones, propias y ajenas, puedan tomar nuevos bríos los valores de solidaridad y las formas de poder que impiden la creación de un aparato separado de la sociedad. A título de ejemplo retomo para este comentario el primer punto.

En efecto respecto a una visión, a nuestro entender, superficial de las tomas de posición de CC, Serge Latouche va a cuestionar su defensa de valores pertenecientes a una sociedad en la que existía el esclavismo y en la que se excluía a las mujeres de la toma de decisiones. Según esta postura el desenlace de dicha realidad en el mundo clásico, estaría en la base tanto de la tendencia a dominar la naturaleza como de aquella que, durante las aventuras coloniales o dentro de las fábricas, considerarían al ser humano como una cosa. A dicho argumento Castoriadis respondería según una argumentación que tiene dos pilares. El primero consiste en el deslinde de las dos significaciones imaginarias sociales que acompañan a la tradición de occidente desde sus orígenes. Se trata por un lado de la significación que busca, en efecto, *racionalizar lo real* y por tanto justificarlo y que se inaugura, según Castoriadis, con la teología racional

por Platón. Por el otro se trata de aquella que encuentra su punto de partida en la *ruptura de la clausura* que supone la creación de la filosofía como cuestionamiento radical y de su cooptación respecto al nacimiento de la democracia y que es el valor de la significación imaginaria social de la autonomía. Dicho valor, abandonado y vuelto a retomar a lo largo de siglos de luchas, encuentra sus orígenes en la Atenas democrática que, por tanto, representa para Castoriadis no un modelo, pero sí un germen.

El segundo argumento de Castoriadis respecto a ese punto profundiza sobre el plano de la historiografía, en efecto la esclavitud en la época de los griegos clásicos es una constante de prácticamente todas las sociedades. La esclavitud será una institución felizmente puesta en entredicho ya desde entonces, incluso por el propio Aristóteles. A título de contraste sin ánimo alguno de justificar dichas prácticas, recordemos que mientras que la esclavitud perdura en los EUA hasta bien entrado el siglo XX, las mujeres en Francia obtienen el derecho al voto solo en la posguerra y en algunos cantones suizos habrá que esperar el tercer cuarto de siglo para ver realizarse esa conquista. La no cosificación del «esclavo de choza», presente en muchas sociedades del continente africano hasta épocas recientes, al que Latouche va a hacer referencia, enfatizando que no se trata de un objeto —como ocurre durante las aventuras coloniales o en el desarrollo de la industria—, encuentra en efecto un paradójico correlato en el mundo clásico, según muestra Castoriadis, en el que quienes se sabe que se convertirán en esclavos, en la epopeya de Homero por ejemplo, son los personajes más nobles de la misma. Aristóteles, primer filósofo a justificar esa práctica, diciendo que los esclavos *por naturaleza*, son aquellos *que no saben gobernarse*, dirá también que, como Andrómana, personaje de dicha epopeya, hay muchos otros *esclavos por accidente* que no deberían de serlo.

En efecto el dominio del hombre y el dominio de la naturaleza provienen de la aspiración del dominio racional, no obstante según Castoriadis, la voluntad de *poner orden* no está necesariamente calcada del mundo griego y es en definitiva ajeno a la veta que en la tradición greco-occidental apunta a la autonomía. Ese valor de poner orden, anterior al propio Descartes, por ejemplo en el deseo de medir exactamente el tiempo por parte de los relojeros suizos, está ligado a la coexistencia disimétrica de las dos significaciones imaginarias sociales nucleares de dicho mundo, a las que nos hemos referido. Coexistencia disimétrica inaugurada por la muerte del filósofo ciudadano, por la *torsión* en manos de Platon, ese matricida de la democracia y progenitor de la teología racional y en particular por el surgimiento en los siglos XVI y XVII de ideas abiertamente capitalistas, algunas de las cuales serán incluso adoptadas por el movimiento obrero en el siglo XIX y por el propio Marx.

En este contexto Castoriadis será enfático en el sentido de que, la idea de *humanidad* no va unida a la idea de un dominio racional. Fray Bartolomé de las Casas ya *se interrogaba* respecto a los indios, mientras que, paradójicamente, declaraba que los negros no tenían alma. Para la religión cívica de los griegos que precede la torsión mencionada y según la cual los dioses son creaciones humanas, la sociedad política queda fuera del campo de la religión. No obstante lo anterior, para evitar todo universalismo simplista, Castoriadis va a insistir en una de las aristas mayores del debate presente, en el hecho de que no hay *naturalidad de la democracia*. Muy por el contrario la inclinación de las sociedades conocidas, va en el sentido de buscar fuera de la actividad de los seres humanos una garantía de sentido. En contraste con esta, finalmente, el rasgo que reconoce la interrogación radical —ajena a una supuesta «indetermi-

nación» atribuida a Castoriadis por el colectivo MAUSS—, es decir aquel que concibe la ruptura de la clausura como sentido, que supone el nacimiento de la filosofía y de la democracia, será para nuestro autor, una *creación* en sentido fuerte, simultánea al surgimiento —arbitrario sin duda—, del proyecto que concede sentido a la autonomía.

**Rafael MIRANDA**